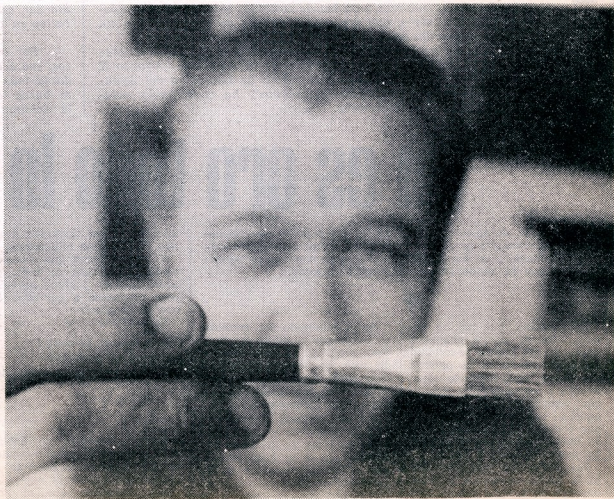


Muñoz Barberán: (Soy un insensato, como todos)



Le habría gustado ser músico. Y poeta. Y también periodista. Pero Manuel Muñoz Barberán piensa que es un buen pintor. "Lo pienso, pero no lo digo". Y que le va a faltar tiempo. "Pero no tengo prisa, porque creo que aún voy a durar bastante". Antes de sentarnos le dice a su hija Pilar que nos prepare café. Y después casi se enfada porque empiezo preguntándole los años que tiene. "Mira, voy a hacer ahora lo que Celia Gámez empezó a los 30; que la gente se olvide de que cantó aquello de 'Mi caballo murió', estando yo vivo". Luego concreta algo más. "Voy a entrar en la época de los 40 y le de tener cuidado. Porque entre cuarenta y cincuenta puede pasar algo grave. Debo estar prevenido, sobre todo con los 'ídus' de marzo, que cuando se ponen tontos más vale quedarse en casa". Uno se queda, como Tomás, algo perplejo, mientras espera el café. Y surge el asombro cuando el maestro se pone serio y advierte. "Oye, pero no pongas idioteces, ¿eh?...".

Llega Pilar con las tazas. Y antes de preguntar si queremos azúcar, va y lo suelta. «Mi padre está hoy en plan pasota». Su padre está pensando en el viaje a Florencia, a ver la exposición de los Médicis, distribuida en cinco palacios. El, claro, lo dice de otra forma. «Sí, voy a ver qué número han montado allí. Imagino que habrá de todo. Incluso fieras». No te puedes reír de sus salidas, porque se pone serio cuando habla y da corte. Se le ha puesto cara de italiano, ya. «Oye, que no voy como asesor, sino como pintor». Que es más importante... «No, más importante que asesor no hay nada». «Eres más pintor que asesor? «No, ahora mismo soy... Pero, ¿cómo te va y se ríe. Nos reímos. Todavía no ha tocado su café, que debe estar ya frío. Así que le pido su curriculum. Pone cara de no entender nada. «¿Te refieres al 'curriculum vitae' ese? Pues lo tendría que hacer en latín, claro. Y yo no sé latín. Mi curriculum es el trabajo de todos los días. Y eso no te lo voy a enumerar». No, pero valdría la pena saber cuántos cuadros lleva pintando este hombre. «Bueno, importantes sólo cuatro. O diez. Todos son importantes para mí. Porque no hay un cuadro más, creo...». Y vuelve a aparecer una incipiente sonrisa dibujada, pintada, en su rostro. Ya no le queda café.

Parece que espera preguntas más difíciles. A ver ésta. Defíneme como persona, sin pinceltes. «Pues yo soy... No sé. Yo qué sé! Es curioso: tantas veces como he estado así con un periodista y aún no he aprendido a contestar correctamente». Interrumpe Pilar. Torres Fontes al teléfono. Tarda sólo cinco minutos. «Le he dicho que estaba aquí con los folioneros de LA VERDAD. Porque sois de aquí, ¿eh? En el buen sentido, naturalmente». Naturalmente, Muñoz. ¿Y tú, cómo eres? «Yo soy un insensato, como todos. Pero también tengo otras virtudes. A veces creo que soy tonto. Otras, que no. Creo que soy un buen pintor, o investigador. Soy una oscilación constante. Como Tomás, con recámara y todos. Y Tomás se ríe de la ocurrencia. Muñoz Barberán mira su taza, vacía. «Vaya un café! ¿qué más coñac?». Nadie quiere alcohol. Hace calor, pero se está bien en su casa, rodeado de cuadros. Quiero saber si alguna vez le han dicho que es un pintor aburrido. «Sí, todos los días. Eso se lleva mucho. Como se lleva el color rojo. Siempre hay medios para atacar a la gente, lo que cambia es la forma, según la yoda». Y a Muñoz Barberán le han atacado por ahí. Pero confiesa no saber qué significa pintor burgués. «Será que pinta para vivir. Y si consigues vivir medianamente bien te tachan de facha o aburguesado. Piensan que el artista no debería dejarse contaminar por nada, ni tener hijos, ni vivir en una casa. Dar sablazos, sí, pero no poder pintar por falta de dinero. Vivir en un mundo feliz, que aún no se ha inventado. Hasta que eso no ocurra, el pintor será burgués, aquí y en China. Más en la China, claro. Porque el artista es el hombre que mejor comprende al que no es como él y trabaja du-



ramente. Acusar de burgués es muy cómodo. Yo soy burgués, sí, porque vivo en la ciudad. Y que me digan qué pintor reparte sus obras entre los necesitados. O qué artista trabaja para que lo entienda sólo el obrero...». Entonces, será el precio de tus cuadros. «No, porque acusarían también a Picasso, a Miró, a Tàpies. A mí no me pueden acusar por eso. La ofensa nunca tiene respaldo de sensatez. Querían que me vaya a otra ciudad y deje de ser burgués. Pero lo seguiré siendo hasta que no pinte en la montaña, y el cuervo me traiga un pan al amanecer...».

Se ha puesto trascendental. Porque parece que hay muchos cuervos sueltos, de los que no traen pan en el pico pero hacen daño. «Mi aspiración es vender el cuadro lo más caro posible y siento no poder hacerlo en un millón. Que es lo que están haciendo muchos. Mi pintura se vende fácil y quizá por eso sea buena, comercial y la llamen burguesa. Yo casi nunca tengo cuadros, es cierto. Pero tampoco dinero a punta de pala. Dice que no tiene estilo, porque nadie modela su personalidad. El es realista, figurativo, solamente. «Un realismo digamos fantástico, porque realmente en el cuadro no puede haber realismo». No cree que algún día entienda de arte. «Eso es un mito, no existe el entendido en arte, porque nunca llegará a entenderlo. Porque, según un dicho latino, el arte es largo y la vida corta. O sea, que quien crea ser entendido en arte es un pedante, un pobre hombre, un mentecato total. De esos somos todos, en el mundo del arte y en cualquier otro». Calla, y le pregunto lo más bonito que hayan dicho de él. «Eso aún no se ha escrito. Pero recuerdo un día, dibujando en plena calle. Se acerca un joven, me mira y dice: 'Ni que fueras Muñoz Barberán'. También recuerdo un diálogo entre dos señoras, en el cine. Una decía que había comprado un cuadro por tres mil pesetas. No valdrá nada, le contestaba la amiga. Y replicó: 'Mujer, un Muñoz Barberán no es, claro...'. Todo esto me agrada, pero a lo que dicen los críticos no le tengo ningún afecto». Es investigador cuando investiga, y pintor cuando pinta. Pero en su DNI pone que es pintor, «porque sería absurdo que pusiera investigador; eso no es un hobby para mí. Dentro de poco aparecerá un libro mío sobre investigación histórica, para que los demás sepan y les sirva de algo». Otra pausa. «Vest, de esto sí me gusta hablar». Se levanta y va por sus pinceltes. «Mira, éste es el que más me gusta. Porque está bien criado, bien educado». También le agrada el cine y el teatro «sobre todo si la obra es mala, porque entre la lástima hay diversión») y la música, la buena. ¿Y comer? «De todo, hasta culebras fritas o ratas, si también comen los demás. Me da igual que me den gato por liebre, pero me fastidian los entendidos en comida tanto como los de arte». Es católico y tiene nueve hijos, «por ahora». Políticamente, «año entre todos éstos, sin ser de ninguno; creo en la política, pero no hay auténticos políticos capaces de hacer una política seria». ¿Ricardo de la Cierva? «Pues un hombre bienintencionado, que podría hacer cosas. Pero se están echando demasiado con él, no sé por qué. Y conste que no es amigo mío. No sé juzgarle, pero su obra podría ser eficaz. Eres su asesor...». «Sí, y me dio mucho gusto, porque me pongo tonto cuando me piden consejo. Si se deja asesorar, salgo a carta diada con él. No sé si le servirá de mucho. Esto es un lío, pero puede ser eficaz. Ricardo se ha inspirado un poco en ideas republicanas. Pero creo que se fue menos siendo asesor de un ministro. Mejor no. No tienes ventajas económicas, sólo el carnet con el que pasas en el ministerio sin que te pongan el colgajo ese. Vale la pena, si le sirves de algo; si eres un inútil y dices tonterías, no. Ahora le voy a aconsejar que duerma la siesta. Soy feliz, completamente...».

Antonio López
Fotos: Tomás